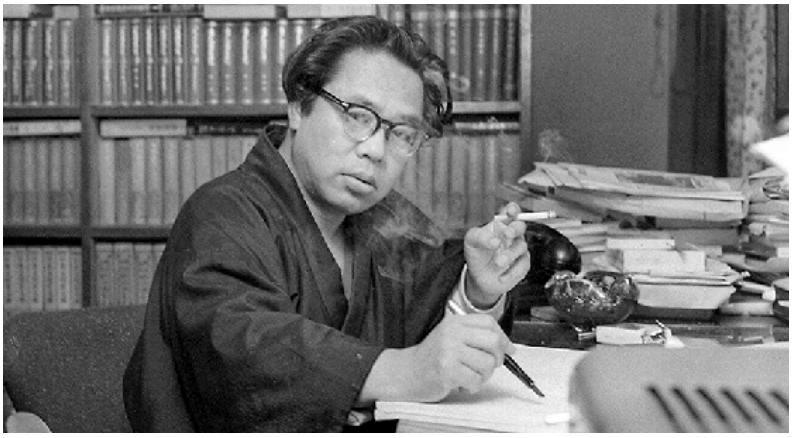
Un detective a la japonesa

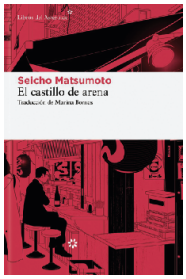
Libros del Asteroide está recuperando la obra de Seicho Matsumoto, referente de un género tan desconocido y poco explotado como el 'Japan noir'



Seicho Matsumoto nos ofrece una nueva perspectiva de la narrativa criminal

En un artículo reciente a propósito de la publicación de este libro, Alberto Olmos, que ha vivido en Japón, se preguntaba por la pertinencia de la literatura policíaca en uno de los países con la tasa de homicidios más baja del mundo. Concluía que "la novela negra japonesa es como la novela histórica en Andorra: no hay sustancia sobre la que edificar". Por lo que sea, parece que los grandes nombres del 'Japan noir' se cuentan con los dedos de una mano.

El de Seicho Matsumoto (1909-1992) es uno de esos nombres. Desconocido por el gran público, Libros del Asteroide lleva años rescatando sus obras. Como sus compatriotas, Matsumoto practicó el género de un modo muy diferente al occidental.



El castillo de arena, por ejemplo, es un *thriller* inusualmente sosegado, cocinado a fuego lento a partir de una serie de asesinatos asépticos a más no poder. A la trama, sustentada sobre coincidencias y conexiones un poco demasiado azarosas, no es que le falte adrenalina, es que avanza al ritmo de los grandes glaciares.

Entre sus muchas peculiaridades cabe mencionar que los sospechosos son intelectuales y artistas de vanguardia y que una de las primeras pistas que maneja la policía tiene que ver con un rasgo socio-lingüístico que el asesino compartía con su primera víctima. También el protagonista, el inspector Imanishi, está muy lejos de los arquetipos habituales; no es un prodigio del método deductivo ni un tipo duro que se abre paso manejando los puños, sino un gris funcionario al que dan ganas de invitar a un bocadillo. Sin vida propia, abnegado hasta la caricatura, lo vemos desgastar las suelas de los zapatos pateándose medio país mientras se lamenta por los recursos que su departamento pudiera estar derrochando al pagarle los billetes de autobús.

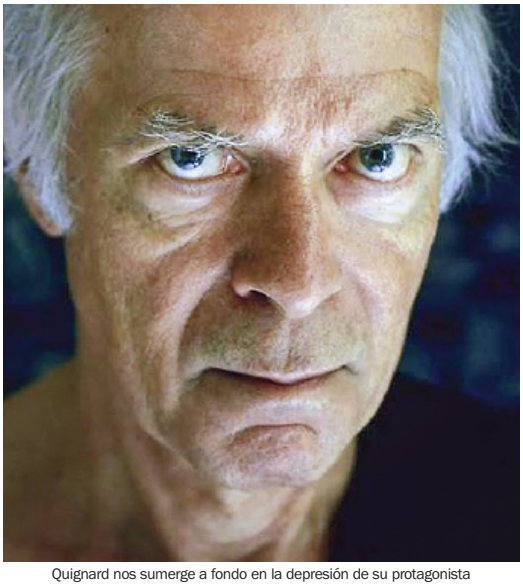
Su única, moderada, extravagancia consiste en escribir haikus, siempre en sus ratos libres. Claro que desayuna arroz y sake tibio, pero eso en Tokio no es del todo infrecuente. Imanishi acaba resultándonos mucho más cercano que cualquiera de los secundarios, personajes que uno no esperaría encontrar en una novela negra, como esa especie de *geisha* con un secreto no tan terrible o la suicida que parece haberse maquillado antes de atiborrarse de pastillas: "Sabía que la vería mucha gente una vez muerta y se había vestido y arreglado para la ocasión".

A uno, la verdad, le cuesta trabajo imaginarse una escena semejante, pero acaso sea esa la principal virtud de esta singular novela negra, exponer al lector español de 2024 a un enorme, gigantesco choque cultural.

Miguel Artaza

Nuestro común amigo

Aquejado de una profunda melancolía, A. ya no encuentra consuelo ni en su sublime cuarteto de cuerda



Quignard nos sumerge a fondo en la depresión de su protagonista

Autor de setenta novelas y merecedor de los galardones más prestigiosos de las letras francesas, a Pascal Quignard se le conoce, sobre todo, por *Todas las mañanas del mundo*, que fue objeto de una sobrevalorada adaptación. Todavía más oscura, y desde luego mucho más aburrida, me ha resultado *Carus*, con la que Quignard obtuvo el premio de la Crítica en 1979 y que ahora reedita Galaxia Gutemberg.

Hay que reconocerles, a los responsables de la editorial, que nos pongan sobre aviso acerca de lo que se nos viene encima: "Un hombre bajo el hechizo de la desgracia. A ese hechizo hoy día lo llamamos depresión nerviosa. Lo que los amigos intentan es 'deshechizar' ese hechizo mediante el lenguaje". Ya. Sólo con ojear la solapa, y conociendo un poco al autor, anticipamos el poso filosófico, la erudición y la profundidad del pensamiento, también cierta fascinación por lo telúrico y un tono crepuscular…

A. está muy deprimido. No quiere ver a nadie, apenas habla y no parece tener ganas de seguir viviendo. Sus amigos, claro, están seriamente preocupados, y se vuelcan con él en un esfuerzo coordinado por sacarle del pozo. Quignard, que padece un trastorno del espectro autista y vive como un eremita, suele construir personajes un poco así, con la salud mental delicada. También es un violonchelista más que solvente y un apasionado de la música de cámara, otro elemento central de su obra.

A esos temas hay que añadir esta vez el de la amistad. Ya desde la portada, puesto que el título, como se nos explica de un modo un tanto redundante, hace referencia a la expresión latina *carus amicus*. No es en absoluto un mal título, pero quizá *Misantropía en fa sostenido* o *Clavicordio y prozac* hubieran resultado más coherentes.

Carus es una novela repleta de parrafadas digamos complicadas y con un andamiaje retórico capaz de lobotomizar al lector más entregado. Se trata de una narración dispersa y voluntariamente hermética que toma la apariencia de un diario para simular el volcado directo, sin interferencias, de la conciencia del narrador al papel. Tanto fluir de la conciencia, sin la cortapisa de la gramática y la sintaxis, deriva en ocasiones en una prosa puede que exquisita, pero tan enrevesada que acaba ahogándose en su propia expresividad, como una mosca en un tarro de miel.

M. A.